

# A quién le importa

Geney Beltrán Félix

*Durante la década de los ochenta, en una ciudad calurosa del noroeste, el Paúl y el Eusebio, dos amigos adolescentes, pasan sus días soñando con irse a vivir a otras tierras. Mientras llega ese momento, escuchan música de George Michael, hablan sobre chicas, se rebelan a sus padres. Hasta que un día el primo de uno de ellos, inmiscuido en los negocios del narcotráfico, es asesinado.*

—¿Y el cadáver cuándo llega?

—Aún no lo sabemos, mijo...

La madre hablaba en susurros, el adolescente en voz alta.

—¿Lo mandan por avión?

—Qué batalla con este muchacho —se hallaban de pie en el mínimo jardín que da a la cochera, al lado de una ventana por donde salían los rumores de un llanto apenas reprimido—. ¿No ves que la pobre Ñeca está bien mal?

—Ahora chilla y chilla, ¿por qué no le dijo nunca al Chino que se saliera del negocio?

—Todo es una desgracia, entiende.

—¿Quería dinero fácil? Tómala... —imitó el contorno de una pistola con la mano derecha cerrando el ojo izquierdo, dobló el pulgar—. Pum...

—Respetar la memoria de tu tío...

—Qué tío ni qué tío. Sólo me llevaba, ¿qué?, ocho años.

—Doce. Pero La Ñeca siempre te ha querido, y tienes que callarte tus herejías...

—Ese es el problema aquí. A callarse todos. Y al cabrón del Chino, como traía la billetiza verde, nadie le decía nada.

Más reciamente llegó el llanto. Queriendo evadirse de esas lágrimas, el Eusebio recorrió el lugar con la mirada —en lo que fue jardín sólo había tres macetas con plantas secas y amarillas—, mientras un abanico de pedestal agitaba las aspas, de cuándo en cuándo le llegaba un poco de aire helado al rostro.

—No seas impertinente, chamaco.

Se puso de pie. Nunca le cayó bien El Chino; era un cabrón corajudo, muy de arranques. Desde que empezó a ganar dólares y a inducir miedo en los demás, El Chino demostró tener cuacha en el alma pues dejó ver gestos y oír palabras de desprecio y despotismo con los más morros de la familia y también con La Ñeca, su media hermana, a la que pendejeaba de renga y solterona. ¿Por qué habría él de condolerse por la muerte de, a final de cuentas, un rufián de poca monta que nada más le trajo pensiones a la pobre Ñeca? Se llevó la mano a la altura del pecho, como si ninguna de sus razones fuera suficiente para convencer a alguien más compasivo que vivía ahí dentro, a escondidas.

Escupió en una de las macetas.

—Mejor vuayir a casa del Paúl —se enfiló hacia la puerta.

—Antes pasa con La Ñeca, mijo...

A los 13 años iba corriendo en el patio de su casa, allá en la sierra. Corría descalza sobre la tierra apisonada, gritando y agitando las manos. ¿Qué festejaba, de qué se reía? Lo que sí recuerda —con un tumbo de tristeza en el pecho ahora que vive en la ciudad— es la limpia esfera del cielo grande sobre su cabeza, los contornos azules y dulcemente luminosos de los cerros ahí cerca, más allá de las últimas casas del pueblo: un llamado a elevarse que la hacía respirar con efectos de plenitud. ¿Escuchaba algún ladrido del perro pinto siguiéndole los pasos, los gritos acaso de los plebes vecinos? Lo que pasó entonces hizo que los granos de tierra y los enjutos hui-zaches y cada gota de agua del río aullaran de un dolor explosivo en el pie derecho de la Emma. Al correr había pisado sin fijarse en un leño suelto ahí tirado y el leño rodó con ágil desobediencia al apenas contacto, ella perdió el equilibrio y al caer sintió una quemazón, un ruido duro y quebrado a la altura del tobillo.

El viejo sobador le frotó el pie con manteca de cerdo. La prima Artemia al lado se tronaba los dedos de la tanta congoja mientras el padre entonaba ebrio en el patio una canción ranchera.



Antonio Berni, *Juanito Laguna yendo a la fábrica*, 1977

El sobador dijo:

—Naamás con que no camines dos semanas quedarás como nueva, ya con eso —pero así no pasó.

\*\*\*

—De veras no puedo, loco —el Eusebio le regresó el cigarro al tiempo que cerraba los ojos—. Nomás no quieren.

—¿No te dejan?

—Es mi amá...

—Pus tiene razón —el Paúl sonreía con un dejo festivo.

—¿Cómo va a tener...? No me chingues...

—Te conoce bien. Sabe que te falta un tornillo —hacía girar el dedo índice en torno de su oreja—. Ve tú a saber si no te vuelves mariguano ahí entre puro teatrero descocado... —y le dio una calada al cigarro.

El Eusebio empezó a carcajearse: se sentía relajado, felizmente suelto de las coyunturas, con una levedad de nube que dejaba en el olvido su pleito reciente con la madre y más aun la muerte atroz del Chino, los lloridos de La Ñeca. De la sala llegaba la voz de la abuela del Paúl al teléfono, un ruidillo apocado en forma de inofensiva espiral. Durante la secundaria no había entrado nunca en esta casa, con todo y que desde primer grado él y el Paúl se volvieron uña y mugre; en aquel tiempo hablaban de cómics y de cine, se iban de pinta al parque Revolución, jugaban básquet.

Ya en la prepa cada quien fue inscrito en escuelas lejanas una de otra y dejaron de verse como antes. Se topaban en la calle muy de cuándo en cuándo, cómo te va, loco, qué jais, pero sin más barullo; ahí moría todo.

Hasta que una tarde el Eusebio se lo encontró en la banqueta, a medio camino entre sus casas, con un moretón en el pómulo y sangre en la boca y la nariz. Traía la camisa rota. “Pero se va a morir antes que yo el hijo de su chingada”, dijo escupiendo.

Esa entonación gruesa y arisca de la voz le reveló al Eusebio en un segundo cómo su amigo había cambiado. A pesar de las fachas miserables, el Paúl, más fornido y alto, le pareció un ser ya completado por la vida, como si una voluntad dadivosa le hubiese expandido los hombros y el pecho estos últimos meses con la intención de irle haciendo nacer, por adelantado, la catadura que compete a un adulto, alguien ya provisto de un amplio caudal de aire para los días que le traerá el mañana.

Desde aquel día renovaron su amistad. Se la pasaban ahora seguido por las tardes, a menudo en casa del Paúl, fumando mariguana y hablando de música y de cine, de morras y política, sobre todo coincidían en un empeño: irse lejos, nunca volver. La ciudad no era ciertamente grande pero ellos la dirimían cada vez más angosta y

opresiva, igual que si a los dieciséis el aire les chocara con furor metálico en la frente y sobre la espalda. Se burlaban de las formas cerriles y provincianas que acusaban en el temperamento y el habla de sus parientes, vecinos, los maestros y gente de la escuela, todos ellos (juzgaban) carentes de curiosidad por nada que fuera más allá de la nota roja de los periódicos y los ramplones programas de televisión. Hasta en la traza regular y achata-da de las calles veían motivo natural para el enojo: era la suya una ciudad sin historia ni futuro, sin modernos edificios ni construcciones de la era colonial y que no daba a sus hijos más destino que una vida en la siembra o el comercio, casarse, tener hijos y chambear para los Ley, los Coppel, los Espinosa de los Monteros, dueños (decían con énfasis) de todos y cada uno de los esclavos de la ciudad... Sus aspiraciones en cambio —el Paúl quería ser actor de teatro, el Eusebio no tenía claro si estudiar arquitectura, ciencia política, historia— los llevaban a querer tocar con su huida otros cielos, a buscar rostros de gente más real, más audaz y estimulante, de mente abierta y no (concluían) como la raza de aquí, toda pendeja.

Apenas hubo salido de la casa luego de discutir con su madre, el Eusebio resintió el grosor de la luz, una pantalla blanca y abrumadora contra los ojos. El motor de un tráiler pasó rumiando por el bulevar. Pero nada igualaba ese estallar del raudo sudor en las axilas y en el cuello. ¿Cómo explicarle a alguien de fuera los modos feroces con que trastorna este calor? No sólo en la piel sino en las vísceras mismas del espíritu, en lo más abstracto de la carne... Es esto, mira: salir a la calle a las dos o a las cuatro y sentir cómo revienta contra el rostro el puño de un vaho rudo y bochornoso y cómo el resto del cuerpo se va dejando bullir por oleadas de un aire agresivo, una fuerza casi dotada de la realidad que hay en la materia y que se clava en las sienes, hace sonar ágilmente un seco torpedeo por dentro y pareciera intimidar con terremotos de humo las violentadas regiones del cerebro... ¿Cómo no quejarse...! ¿Tú te acostumbrarías? —y es que se descubría a menudo debatiendo dentro de sí, desdoblándose como si se le exigiera justificarse ante una voz foránea (un nadie sin rostro) que lo observara con mal escondida curiosidad o intemperadamente lo llamara a cuentas, con un escrutinio arduo, desconfiado, desde otra ciudad, otro país. Cuando estaba con el Paúl esa voz intrusa se detenía, no tenía el chamaco que estar peleándose con las caras de aire de su propia mente.

Por el carril que va rumbo a la salida a Sanalona, una camioneta negra dejaba oír sus bocinas: “no quiero ver que las penas se metan en tu alma buena por culpa de mi querer...”, tonadas rancheras que el Eusebio aborrecía por ser las preferidas de su madre y, también, de su tía.

“¿Por qué no tienes marido, Ñeca?”. “Mi pequeño, nadie quiso casarse conmigo...”. “Cuando yo sea gran-

de seré presidente de México, y haré que Humberto Zurita se case contigo. Ese actor te gusta...”. “Humberto Zurita está muy chulo, pero ya tiene mujer... Además se besuquea con una actriz diferente en cada novela, eso me daría muchos celos, mi papi...”. “Yo de grande lo arreglo todo... Seré presidente, te estoy diciendo...”.

No te rías, amigou: de chavalillo uno dice y promete cada cosa pendeja... Yo estaba bien ingruido con la Ñeca, me la pasaba pegado a sus faldillas y no me gustaba verla cabizbaja porque no agarrara marido...

Por más que se justificara, dentro de sí la voz intrusa no cedía en su inclemencia: ¿cómo es que vives entre gente tan impresentable como tu tía, puros fracasados sin remisión? ¿Por qué sigues en esta ciudad nimia y sin horizontes, además tan pinchemente calurosa? ¿Para qué estás aquí sudando día tras día, sabiéndote el alma que ha sido puesta en mala hora a vivir en un cuerpo enclenque?

Y es que había venido decepcionando a su padre. Cuando no era por sacar sólo sietes y ochos en la escuela era por no tener músculos gruesos y robustos, capaces de cargar costales de papas en el almacén del mercado de abastos, por no interesarse en las camionetas y la baraja, las idas al palenque en la feria ganadera... Todas esas negaciones las traía ya sin remedio, a diferencia del Chino, robusto y valiente, o peor aun de su hermano Rogelio, siempre tan aplicado, un muchacho fuerte y dicharachero... El viejo ni lo tomaba en cuenta, pues.

No te burles de mis depres, escucha... Pues mientras él iba soltando sus respiros en una ciudad cansina y ante la sombra de un padre dominado por los gestos de la frustración y el desentendimiento, mientras así se le iba desliendo cada bocanada de aire, miles y millones de personas en hogares y calles de ciudades distantes, bajo cielos de tonalidades más frescas y azules respiraban a plenitud... Ese es tu caso —interpelaba a esa voz extranjera dentro de sí como si fuera de natural incrédula, adversaria—: tú sí vives, tú viajas, piensas, te enamoras y le das a tu existencia una densidad y una hartura de la que nadie puede presumir en este villorrio jodido...

Era entonces cuando en sus fibras, por dentro de su piel, todo pesaba; cuando cada cosa que hacía le llegaba en la forma de un fruto sin sustancia. Pesado, inútil, estorboso, con piedras en vez de sangre: así sentía su cuerpo al constatarse de nuevo y siempre ahí, en esa ciudad y esa existencia: al pelearse con su jefa, al seguir respirando mientras la Emma, la pobre Ñeca solterona, sufría la muerte de su medio hermano.

Pero ahora te diré que el problema en el fondo es que no he tenido valentía para terminar.

Una vez ahí: del sudor al suicidio.

Cortarse las venas en el baño, ver con un residuo de placer incrustadas en las facciones del padre gotas duras de arrepentimiento. ¿Te imaginas?

Pasó ante la fachada de mosaicos amarillos de una casa de dos pisos. Llevándose la mano a la frente, enfocó la mirada, de acera a acera, hacia la planta baja y la terraza: no andaba por ahí el cuerpo esbelto de la Eréndira. Si ella estuviera ahí, si sus ojos verdes lo alcanzaran a ver, ¿qué pasaría, tú sabes? La conoció en la secundaria, él iba en tercero y ella en segundo; la única ocasión que hablaron fue a la hora del receso, haciendo fila en la cooperativa.

“¿Te gusta Bon Jovi?”.

“Ni los conozco”, dijo ella.

“Son buenos, te puedo pasar un caset”.

La vio sonreír, sólo decir “Pus a ver...” bajando la cabeza; tenía los ojos enarcados y de un verde ligero como de actriz rusa, caucásica, y esto contrastaba con la piel de un tono moreno pálido. “Uta... la Eréndira esa sí es bien persinada, pa que veas”, escuchó después a un compa del salón.

Los días siguientes ella volteaba hacia otro lado o se metía en un salón al verlo acercarse por el pasillo. Tiempo después, cuando se veían de lejos, en la calle, digamos, de una banqueta a otra, él extendía y agitaba la mano, ella parecía mover muy parcamente la cabeza. ¿Que por qué me tiemblan las manos, eso quieres saber? Seguido se masturbaba pensando en ella y quedaba medularmente insatisfecho, vacío de cualquier voluntad: ¿no te suena absurdo que nunca más haya podido hablarle? Su cuerpo era una fantasmagoría, una construcción hueca a la que él le había acercado una apetencia de quién sabe qué. Pero dime: ¿alguna alteración habría en la historia del planeta si la salud, si sus labios me hablan, si me enamoro, si cogemos? ¿Y si nada, ni una sola partícula del universo se mueve, si nada cambia, haga lo que haga, respire o no?

—Le he dicho a mijito que no haga enojar a su padre —había llegado a la casa de su amigo todo clavado en sus pensamientos, lo sorprendió la abuela del Paúl al hablarle así apenas le abrió la puerta y lo dejaba pasar—: hazlo tú entrar en razón. Tan fácil como ir a la escuela y no andar de picapleitos con el hombre que se quiebra el lomo pa mantenerlo, dile...

Cruzó la sala, moviendo la cabeza arribabajo. Al entrar al cuarto, vio entre la poca luz al Paúl acostado sobre el tórax, con la espalda desnuda, recibiendo las oleadas del aire que lanzaba el abanico de pedestal. Tenía el cuello hacia su derecha, los ojos cerrados dejaban ver las grandes pestañas. El Eusebio se sentó en el sillón, de frente a la cara de su amigo, examinándole el pelo abundante, el rostro redondo y los pómulos enfáticos, de boxeador madreado (se dijo). El tenue ronroneo de las aspás contribuía a hacer sentir más fresco el cuarto. ¿De veras está dormido este cabrón? Ya no iba a la prepa en efecto; reprobó varias materias y a cada rato discutía con su padre, quien le arrimaba luego sus chingadazos

y no lo bajaba de güevón y mantenido, mariguano que va a acabar en la calle pidiendo limosna y atascándose los pulmones de tiner si no estudia y se recibe de algo de provecho. Entró un mes antes a trabajar de chalán en una ferretería pero lo que le importaba bien en serio era nada más el taller de teatro. Y si a estas horas se halla aquí echadote, lo más probable es que ya dejó su chamba, míralo...

Sin hacer ruido, el Eusebio acercó la mano a la nariz del Paúl.

Una oleada de pánico le recorrió las vértebras.

...Al poco rato ya estaba el Paúl en pie.

—¿Y no has tenido más broncas con tu jefe? —soltó el Eusebio con nerviosismo mientras el otro metía un caset en el modular. Se escuchó salir de la bocina la voz de George Michael con un rápido sonido de guitarra de fondo: “Well I guess it would be nice if I could touch your body...”. El Eusebio contrató—: ¿Qué te cuesta volver a la prepa pa que tu ruco esté tranquilo?

—No me hables de ese cabrón...

—Hazlo entonces por tu abuela...

—Hasta ahí, en serio —el Paúl levantó la palma derecha con gesto de hartazgo.

El Eusebio se rascó el codo izquierdo. Veía a su amigo abriendo un cajón del ropero, luego liando un cigarro.

—¿Y qué? ¿Cuándo te metes al taller? —habló el Paúl al tiempo que se pegaba el cigarro a la boca. Le dio la primera calada. Se paró frente a la foto del Che Guevara en la pared e hizo el ademán de saludarlo con la mano derecha extendida sobre la sien, entre los dedos la mota.

—Carnal, yo ni quiero ser actor —el Eusebio estimaba la derecha y recibía el cigarro.

—¿Por qué no pruebas? Los ensayos son a las ocho y media, vamos esta noche.

—De veras no puedo, loco —el Eusebio le regresó el cigarro al tiempo que cerraba los ojos—. Nomás no quieren.

—¿No te dejan?

—Es mi amá...

—Pus tiene razón.

—¿Cómo va a tener...? No me chingues...

... Un rato después, cuando ya habían acabado de fumar, el Eusebio, recostado sobre el sillón, con la palma derecha sosteniéndose la mejilla, se quedó mirando al Paúl con un gesto para sí mismo ambiguo, algo que no sabría decir si era una muestra de admiración o de reproche:

—La diferencia entre nosotros, pinche Pol, es que tú nunca tienes miedo.

\* \* \*

En el cuarto, a través de los cristales, se veían las puertas del clóset abiertas, el colchón sin sábanas, la silla con prendas de ropa en el respaldo. No había nadie.

Y la Emma en la cochera, sentada en la mecedora, los ojos abiertos con una expresión perdida.

—Agarra a cualquiera de mis plebes, son tu familia —la Artemia a sus espaldas le puso la mano sobre un hombro. Las palabras le salían con artificialidad, incómoda en esa tarea de dar consuelo a un cuerpo que, de tan ensombrecido y ciego por el dolor, era incapaz de recibir la menor luz—. Tienen buen corazón, ya los conoces: son sangre liviana.

—Ajá.

—¿Qué ocupas...? ¿Quieres que vayamos al centro...?

—No.

—Las tardes ya no están tan diatiro calurosas. Se siente como si de parriba viniera un aire salido del congelador del refri. Exagero, ¿es un chiste, mujer! Podemos comprar un vestido...

—No, gracias.

—O vamos a Altata. El agua del mar te gusta... Le digo a Rogelio, el domingo...

—Ay.

—La vida no se acaba con esto, Ñeca —le recorrió el pelo con una mueca de desagrado—. Y yo que paso puras pensiones con tu consentido...

La Ñeca abrió alarmada los ojos:

—Ay mi niño...

—Quiere dedicarse a la bohemia. Se me va a morir de hambre con esas cosas del teatro. Y se ha vuelto bien harejillento, suelta cada palabrota...

—¿De dónde sacó eso?

—Las malas amistades, ese mentado Paúl lo anda sonsacando.

—Mi papito no sabe —los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Qué hago?

La Emma se puso de pie, arrastró los pies hacia la sala.

La Artemia quiso decir algo, sólo frunció la boca. Se sentó en la mecedora. Quería olvidarse de todo lo que estaba pasando. "...Y puse a tus pies mi vida, sin ninguna condición", tarareó en su mente. Lo peor del luto era el no poder prender la grabadora...

Se dejó caer en el respaldo.

Ve al poco rato el cuerpo macizo y sonrisudo del Eustaquio, sus cabellos ondulados. "¡Chino, muchacho!", se escucha la mujer hablarle. El joven se lleva las manos a la cara, como un niño a quien se ha descubierto en una travesura y cree que con cubrirse los ojos se volverá invisible. A sus espaldas se ve una puerta negra muy alta y amplia detrás de la cual alguien aporrea con fuerza. "¡Eustaquio! ¿Estás bien? ¿Qué te dijeron esas gentes? ¿Cuándo llegas?". Sigue la mujer oyendo su voz pero no se ve a sí misma en lado alguno, y esto la intranquiliza como si fuera lo más inusual, lo más peligroso el no saber de qué lado está su cuerpo. Cuando El Chino retira las manos del rostro ella ve las facciones de un anciano. Luego de unos instantes cree descubrir que ese anciano es su hijo Eusebio, arteramente envejecido por fuera.

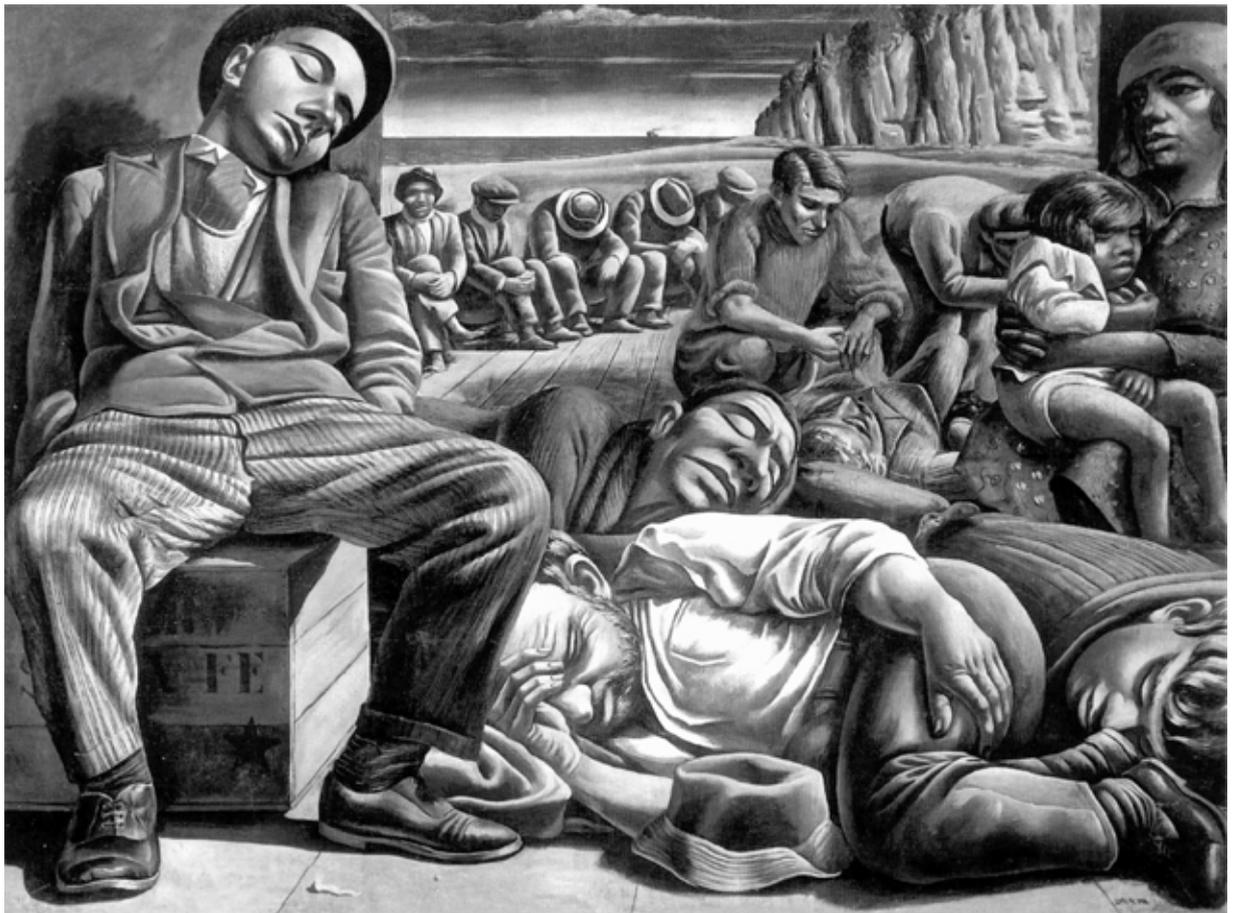
Abrió los ojos.

Sacudiéndose lanzó un grito, resintió una flema atorada en la garganta.

Tú lo que tienes es que eres una pendeja. Entró a la cocina. Traía la sensación de un trapo mojado y maloliente que alguien le hubiese aplastado contra la cara.



Antonio Berni, *Campeones de barrio*, 1954



Antonio Berni, *Desocupados*, 1934

Ni cómo imaginarse lo que estará pasando, pobre Ñeca. Y, sin embargo, era como si ella misma, Artemia, hubiese sido omisa en alguna tarea que no alcanzó nunca a discernir como suya. Durante tanto tiempo había conocido la difícil lástima por esa mujer de su familia a la que un tobillo jodido a los trece años mantuvo ya después exenta del matrimonio y la maternidad, hasta traerla a una estación irrefutable de amargura. A la manera de quien se deja seducir por una confusión —la que revuelve solidaridad con remordimiento—, a partir de la muerte de su tío, derrumbado por una cirrosis tajante, la Artemia había convencido a su esposo de hacer vivir a la Emma en casa, ayudándola a criar al Eustaquio, su hermano menor, mientras a su vez la prima le echaba la mano con el quehacer y, en el futuro, con los plebes. El Chino nunca se sintió cómodo con ellos e iba y venía de una casa a otra, con sus demás parientes. Quizá por eso, por no haber adoptado al Chino de la misma forma que La Ñeca adoptó a los hijos suyos, ahora sentía la Artemia que la muerte del Eustaquio habría sido un error o una confusión que ella habría podido evitar, y acaso la víctima elegida en su lugar debería haber sido cualquiera de sus hijos —el Eusebio, por ejemplo.

Tembló al decírselo. Ese muchacho... Recordó cómo, después de aliviarse de ese malagradecido, el médico le anunció: No te puedes volver a embarazar.

Se colocó el mandil y los guantes, tomó la esponja enjabonada y un plato con restos de machaca. Ya frota-

ba la superficie cuando a los oídos le llegaron pasos en la puerta de la calle. Dejó caer el plato y la esponja, se llevó las manos, con todo y que resbalosas, a las orejas. ¡Estuvo aunque ese mariguano!

Caída la cabeza y cerrados los ojos, respiró jalando con acritud el aire.

—¡Eusebio! ¿Qué estuviste haciendo, condenado?

Le tenía tanta tirria a ese olor que cuando niña allá en la sierra recibía de su padre. El hombre fumaba luego por las noches, lanzando un vaho dulzón y grueso que la hacía sentir arcadas. Se llevó la mano izquierda a la frente y la mejilla, que se le habían venido sudando a las prisas, mientras casi buscaba mentalmente ocluirse las narinas para no recibir las oleadas que vendrían del cuerpo de su hijo, ahí a sus espaldas, en el dintel de la cocina, retador.

—De veras soy buena gente, ma. Lo que pasa es que no me hallo —el hilo de palabras llegó enredado en un tono de angustia. Tuvo la duda de si de veras le habló su hijo o si todo había venido de su mente. Sin abrir los ojos, de a poco escuchó los pasos del joven alejarse hacia la recámara.

—¡Le diré a tu tata a ver si ya haces caso!

Ya desde los quince iba a los bailes ahí en el mismo pueblo o en los pueblos vecinos acompañando a la Artemia y a sus otras primas, siempre con chaperones por supuesto. Iba bien arreglada, le gustaba usar un bilé rojo in-

tenso. Su padre la quería andar riñendo por verse así medio resbalosa, medio ofrecida, aunque rara vez llegaba a levantarle la voz (un regaño a lo mucho, y con la voz sosegada por la conmiseración). Las demás plebes tenían suerte y a ellas sí las sacaban, eran muy bailadoras, regresaban sudadas a sentarse y tomar una Vita de fresa bien fría, le contaban pícaras que el muchacho encimoso con el que venían de bailar les dijo Júyase conmigo, aquí traslomita la pasamos bien, no sea remilgosa.

En cambio ella ahí sentada siempre, suponiendo risitas burlonas, murmullos de “Ándale, ve y saca a La Renega” en boca de los chavalos.

Pasaron los años y ella siempre ahí quietecita. Un primo, un tío se le acercaba hacia el final, la tomaba de la cintura y muy despacio se movía con ella por los bordes discretos de la ronda, lejos de los músicos y las parejas más movidas. La Emma sonreía con un dejo de blanda decepción que con los años se fue volviendo calor ácido en las venas, un tumor de enojo en cada franja de la voz:

—No me saques nomás de lástima —miraba fieramente a su tío, hermano, primo—, ya sé que soy una quedada.

\* \* \*

Al ser hijo único, el Paúl tenía un cuarto amplio para él solo. Cuando ahí se encerraban, además de fumar y escuchar música los dos muchachos hablaban luego de las morras, al comienzo con un tonillo bajo que algo hacía oír la intuición de lo poderosas que eran aún las amarras de sus timideces. Pero de los labios del Paúl surgió una tarde, con otro grosor más desenvuelto, el nombre de Gabriela. Sintió el Eusebio una opresión en el estómago; se creyó obligado a contramencionar a la Eréndira, no lo hizo al entender que su amigo hablaba con la voz de plano ya en otra esquina de las posibilidades:

—La conocí en el taller. No es que actúe muy bien, pero sí me capea...

...Y una tarde, días después, resultó ser no “la Gabriela” sino, ahora, escuetamente “la Gab”.

Habían estado fumando y luego de un comentario de su amigo, el Paúl rezongó con énfasis:

—¿...Y a santo de qué debo tener miedo? ¿Pa qué sirve el miedo? Te pareces a la Gab; le tuve que explicar que la mota no hace daño...

El Eusebio reposaba en ese instante en lo que sería una estancia de placidez, con la percepción liberada y dulcemente dionisiaca, pero no pudo dejar de resentir como un agujijón el surgimiento de la chica en la voz de su amigo, más significativa ahora por ese tono de confianza que se hacía ver en la versión abreviada del nombre. A disgusto consigo mismo, creyéndose movido, ya sin regreso, de la zona mansa y serena en que la yerba lo

había situado, con todo y sabiendo que al Paúl podría molestarle volvió a un tema de pleito:

—¿Y tu jefe ya se hizo a la idea que dejarás la prepa?

—Otra vez la burra al trigo... —el Paúl no levantó la vista, siguió en lo que estaba: con un plumín rojo se dibujaba rayos de sol en torno del ombligo—. Como ando de buenas, te diré: cuando llego del taller en la noche él ya está dormido. Sólo el domingo me toca lidiar con sus cosas... Y es entonces cuando está chingue y chingue con que —imitó con tonos gangosos la voz paterna— la prepa esto y la prepa esto otro. Por cierto, vi a tu famosa Eréndira hace rato, cuando fui a la tienda... ¡Se sigue vistiendo como monja!

—Pinche vieja apretada —el Eusebio extendió la mano para levantar del suelo un ejemplar de la revista *Proceso*; hizo como que la hojeaba. Se sabía iracundo, al advertir que ya se le había dispersado por entero la sensación de euforia—. Ya ni me interesa esa morra.

—Nunca le dijiste nada, no te hagas güey.

¿Por qué este cabrón le hablaba así? Se puso de pie y plantó su cuerpo ante el abanico, recibiendo el aire en el rostro.

—Eres retecoyón... Escápate al taller esta noche... Hay otras morras guapas además de la Gab...

—Si llego noche a la casa mi apá me cierra con llave la puerta, me deja a dormir en la banqueta. Es muy estricto el viejo, y no quiero darle pensiones a mi amá...

Apoyándose en los puños, el Paúl movió el cuerpo hacia la orilla de la cama. Acercó el rostro a su amigo sin diluir un brillo malicioso en los ojos:

—Con qué poco te espantas —se puso de pie y apagó el modular—. Ya me hartó la voz cagada de ese maricón —sacó el caset de George Michael y lo lanzó contra la pared.

Con la llegada del silencio algo se le rompió en el pecho al Eusebio. Su amigo sabía que él no tenía grandes broncas en la vida: su madre no lo abandonó para irse a vivir al Gabacho cuando era un morrito, su padre no lo golpeaba ni era un alcohólico todo deschavetado que, por querer alejarse a fuerzas de la bebida, se mataba trabajando de sol a sol y le hacía la vida imposible a los demás... Eso: su respirar nunca había tenido profundidades ni alturas: le tocó una realidad mezquina e intrascendente; ni para tener traumas tenía gracia, y cuando podía romper con esa deriva de tanta insipidez en las células, cuando el Paúl le abría la ventana para rebelarse y mostrar las fibras de su corajuda voluntad él no sabía responder más que haciéndose cuacha en los pantalones por adelantado.

¿De dónde nació esta atadura que le vencía la voz, los actos?

—Es como si todo se me quedara enredado en el estómago, loco —murmuró. Otra vez dentro de sí la pesadez del ánimo (fierros en vez de aire en los pulmones).

Levantó la cabeza. Su amigo no estaba en el cuarto. En el pasillo se veía salir del baño la flaca luz eléctrica, le llegaba el ruido de la orina del Paúl cayendo como una sucesión de piedrecitas que alguien, repetida y malévolamente, le lanzara contra la espalda.

—Sólo cuatro letras, ¿te parece justo? —la Emma metía la escoba debajo del comedor con movimientos acompasados. La Artemia, en la cocina, se apuró en meter un caset en la grabadora. Ya la tenían harta esas quejumbres: hacia las cinco o seis de la tarde, especialmente en los meses de calor, algo se eclipsaba con rudeza en los tejidos de la Emma que la llevaban a ir asentándose en un humor acendrado de ira y desilusión, desvaída de merecimientos para sí misma—. Me podrían haber puesto un nombre más largo. Pero no, tan poco amor les alcanzó a mis papás... ¿No me podían haber dado un segundo nombre?

—Mujer, eso cómo va a tener importancia.

—Y nunca me casé, qué quieres...

—Pues sí, pero familia no te falta, un techo tampoco...

—¿Y qué? Nadie se me arrimó nunca pa hacerme un chilpayate ni de lástima, aunque luego se largara hasta la quinta chingada...

—El Chebo es más hijo tuyo que mío...

—Hasta crees. Si tú lo pariste...

Por su renguera, y no sólo por haber sido feíta, de rasgos planos, una piel pálida en la que a menudo surgían manchas blancuzcas, dientes salidos y un acusado prognatismo, ningún hombre le dijo Véngaseme pacá. Sus hermanas y primas sí, le daban casa y comida durante los embarazos y lactancias, y ella al principio ganaba rayos de entusiasmo, aprendió a cargar los niños sin dejar que se les soltara la mollera, les preparaba y daba las papillas, cantaba al mecerlos y darles el bibe, lavaba los pañales de tela sin que el menor asomara. Siempre había algún mocoso en la familia. La Artemia no se casó pronto, dejó pasar varios prospectos y su padre mismo, ya que se hubieron mudado del pueblo a la ciudad, se los espantaba pues quería casarla con alguien que al menos tuviera en qué caerse muerto, no (decía) con cualquier indio patarrajada bajado de la sierra a tamborazos. A los 29 la mujer se casó, pero hubo de perder sus dos primeros encargos —no retiene al plebe, decía el médico—, y cuando nació el Efraín, la Emma ya estaba viviendo en la casa.

—Contesta, Neca... No oyes el teléfono, chinteguas...

La Emma había puesto la escoba contra el respaldo de una de las sillas. De pie, se sostenía con la mano izquierda sobre la mesa, miraba los diplomas del Rogelio colgados en la pared. Y, en efecto, el teléfono llevaba rato pite y pite.

La Artemia subió el volumen de la grabadora, acompañando en un falsete con su voz la voz delgada de Javier Solís: "si no encontraste ternura en mi alma, si sólo penas te causo yo, me voy mi vida de tu presencia, aunque me duela el corazón...". Del comedor llegó con estridencia el griterío de La Neca:

—Sí, soy yo, Emma Lizárraga su servidora... ¿Quién habla? ¿De dónde habla que no se le oye bien? Eustaquio Lizárraga es mi hermano, ¿qué tanta boruca trae que no le entiendo?

La Artemia salió de la cocina y lo primero que vio fue a la Emma aventando el auricular contra la pared, los ojos llenos de lágrimas y la boca muy abierta sin poder gritar.

El primogénito, de nombre Efraín, era cosa aparte; estudió medicina en Guadalajara y allá se quedó y se casó. Venía una vez al año, siempre tan ocupado, con la cara vacía de quien no aguanta la impaciencia de largarse. El Rogelio y el Eusebio cuando niños se peleaban a cada rato y por cualquier motivo. Ahora no; coincidían poco en la casa. Se sabían tan diferentes, no competirían por ningún premio pues el de la aquiescencia del padre ya estaba definido: el Rogelio se la vivía en las tardes pegado al viejo en el mercado de abastos, había entrado a la Universidad a estudiar administración y asumió así el papel de heredero continuador de los afanes mercaderes de la estirpe. El Eusebio había sido siempre un plebillo aturrido, ñengo, un poco apagado, pero en los últimos tiempos daba muestras de un temple más inquieto, era desapegado de las cosas de la escuela pero no reprobaba ni daba motivo para escándalos. La preocupona era la Artemia, aunque el viejo a su mujer ya la veía casi como un mueble: madrugaba sin desayunar para irse al negocio y al cerrar, a las cinco de la tarde, se embromaba con el Rogelio sacando cuentas o lo llevaba al dominó con los amigos en una cantina cercana al panteón civil. Todo estaba así más o menos cuando una tarde calurosa de septiembre llegó la nueva de que allá en la frontera habían baleado al Chino por la espalda sus propios secuaces traicioneros, según esto por órdenes de un comandante de la judicial receloso —se regó el chisme en la familia— de que el muchacho quisiera subírsele a las barbas y hacer su clic pa mandarse solo.

\* \* \*

—Vamos al Revolufia —en vez de la abuela, el rostro redondo del Paúl, con el pelo mojado, salió a la puerta. Ya iban media cuadra adelante cuando el muchacho dijo, mostrando una tensa línea arrugada en la frente—: Ese puto me prohibió recibir gente en la casa. Dice que si no chambeo y no traigo lana pa pagar aunque sea las tor-

tillas, no es mi cantón entonces. Y con este calorón ni qué ganas de andar en la calle.

En una banca del parque estuvieron hablando de una película del conde Drácula que acababa de estrenarse en la ciudad y ninguno había visto aún.

—A ver si a tu tío el muertito no le pasa algo parecido... ¿Qué tal que regresa de entre los muertos y quiere chuparte la sangre?

—Que hasta el sábado llega, dice mi amá...

—Va a estar todo jediondo para entonces...

El Paúl se puso de pie y levantó la mano en dirección a la esquina, por donde se acercaba el cuerpo delgado de una muchacha de pants y sudadera grises. Era alta y de piel blanca, de ojos negros, vivaces por sus pestañas chinas. Traía el pelo recogido en una cola de caballo, los labios pintados de un labial rojo tirándole al vino, una línea de sudor sobre el labio.

—Te presento a mi carnalazo, el Eusebio... Pero le puedes decir Don Coyoncito, con toda confianza...

—No seas carrilludo, mugre Pol —la chica tenía una voz grave, con una ligera entonación viril—. Si así hablas de tus compas no me quiero ni imaginar qué dirás de tus morras...

El Eusebio se quedó mirando hacia un vendedor de cocos, a cosa de cinco metros, con la sed creciéndole y el sudor en la forma de impaciente agua en las axilas, mientras la pareja hablaba en susurros, luego se ponían de pie y caminaban hacia el paradero de camiones. La muchacha era quien más movía los labios. Se dejaba ver contra-

riada, en ánimo de regañar al otro. Así son las morras por acá, mi amigo, no te espantes: mandoncitas, bien territoriales... Ve tú a saber si no le caí bien mal y le está diciendo a ese cabrón que no sigamos siendo cuates... El Eusebio llevaba la vista del puesto de cocos a la pareja, y de regreso; traía un rumor tenaz zumbándole en los oídos, como si por las venas le corriera a toda prisa un animal perseguido. Ya no me preguntes cosas, no sé nada...

—Qué chinga —oyó al Paúl de vuelta—. No te había dicho que vive allá por donde el viento se regresa, hasta el Parque 87 —la muchacha en efecto no estaba más por ahí—. Sus papás son tan ocurrentes como los tuyos: ya no la dejan ir al taller. Que los actores de teatro no han de ser buenos ejemplos: puro joto y puto mariguano dicen que hay en el taller... ¿Cómo la viste, loco?

El Eusebio creyó que de él se esperaría, en ese momento, nada mejor que una leperada. Sólo dijo:

—Es muy hermosa, la verdad.

—Está buena pero es medio pendeja —el Paúl dio un salto, extendió la mano derecha con el intento de agarrar una rama del pinabete sobre su cabeza, sin conseguirlo. De nuevo sentado, se llevó las uñas a los dientes—: Hay algo que te quería decir. Sólo que ni una palabra a nadie, ni a la Gab ni a mi abuela. ¿Captas?

El otro muchacho escuchó dentro de sí la voz ajena que, como arremolinándosele, le pedía *Vete a tu cantón, no lo dejes hablar*.

El Paúl empezó serio, con una expresión temerosa de que el Eusebio lo interrumpiera o se burlara:



Antonio Berni, *La siesta*, 1943



Antonio Berni, *El almuerzo*, 1945

—Ya localicé a mi amá. Está viviendo en California... En Santa Anita, cerca de Los Ángeles. Me vuayir a vivir con ella, pronto.

El Eusebio creyó tener las mejillas sonrosadas (el calor ambiente se había concentrado en su cuerpo). El tórax le ardía, y traía la voz fuereña royéndole por dentro *Te dije que te fueras, vete a tu casa*. Movi6 la cabeza a los lados, como queriendo obligarse al silencio en las células.

—...No trago a mi jefe, estoy hasta la monda de sus chingaderas. El sábado agarró la botella otra vez y cuando llegué del teatro me tuve que encerrar bajo llave en el cuarto: quería obligarme a pistear con él, y como me negué dijo que me iba a capar, que de seguro yo era un marica de mierda.

—¿Y no te puedes llevar a tu abuela?

—¿Cómo crees? Dice que mi madre es una puta que se fue con el culo en alto al Otro Lado. Aunque no entiendo cómo quería que la pobre aguantara a su hijo. Mi abue sí es buena onda, pero allá podré estudiar arte dramático —se puso de pie y movió los brazos hacia delante y hacia arriba como recibiendo una ovación en un escenario. Añadió con picardía—: Y, la verdad, espero culiarme a la Gab antes de irme.

El Eusebio no pudo evitar imaginarse los dos cuerpos adolescentes, desnudos y sudorosos. ¿Y si yo nunca logro irme? ¿Te burlarías? ¿Qué tal que este cabrón empanzona a la Gab? Yo me tendría que hacer responsable del bebé, conseguir un empleo de cualquier cosa pa mantenerlos...

—¿Y si la Gabriela no te hace caso? —pasó saliva con dolor.

—Claro que caerá...

—¿Y cómo te vas a ir si ni sabes inglés?

—Pus no. No sé ni mais, putito. O no gran cosa, pero allá se me suelta la lengua, eso seguro.

\* \* \*

Vio entre la poca luz al Paúl acostado sobre el tórax, con la espalda desnuda, recibiendo las oleadas del aire que lanzaba el abanico de pedestal. Tenía el cuello hacia su derecha, los ojos cerrados dejaban ver las grandes pestañas. El Eusebio se sentó en el sillón, de frente a la cara de su amigo, examinándole el pelo abundante, el rostro redondo y los pómulos enfáticos, de boxeador madreado (se dijo). El tenue ronroneo de las aspas contribuía a hacer sentir más fresco el cuarto. ¿De veras está dormido este cabrón?

Sin hacer ruido, el Eusebio acercó la mano a la nariz del Paúl.

Una oleada de pánico le recorrió las vértebras: querría besarlo; recostarse a su lado; que sus pieles se toquen, que el tórax de uno aprese la espalda del otro —tiene mucha sed: el corazón es una alimaña con miedo que quiere escapar y abrirle la piel al descubrirse exigiendo el tributo de una piel ajena.

Mareado, recarga el cuerpo contra la ventana (teme en serio rodar por el piso). Escucha la voz ríspida y burlesca de su hermano Rogelio saliste volteado qué asco de veras, la voz de piedra de su padre nomás me faltaba un hijo marica.

Al poco rato ya estaba el Paúl en pie.

—¿Y no has tenido más broncas con tu jefe? —soltó el Eusebio con nerviosismo mientras el otro metía un caset en el modular.

\* \* \*

¿Cuándo te vas pa Los Ángeles, pinche Pol? ¿Piensas sacar pronto tu pasaporte de chicano? Puso el cepillo en

el vaso. Se pasó la lengua por los dientes. Exhaló contra el espejo. Yo me iré al De Efe, quiero huir de este puto calorón. Vaa estudiar periodismo en la UNAM, ya lo decidí. Antes de eso, me culiaré a la Gab yo también. Luego te mando una postal.

—¿Dónde estabas, chamaco? El entierro era a las tres...

Cerró los ojos. ¿Lo habrán escuchado?

La blusa y la falda negras hacían resaltar la palidez del rostro de la madre, le daban un aire enjuto y puritano.

—Ma, esas cosas son bien deprimentes...

—Ora sí te pasaste de la raya mijito.

El muchacho se quitó la camiseta, la aventó hacia el cesto de la ropa. Allá con tu jefa en El Gabacho no pasarás por estas escenitas caguengues, ¿cierto? Muy gringo saliste ahora. Abrió un cajón de la cómoda y mientras hacía como que hurgaba:

—A quién le importa si voy o no a un entierro como ese —murmuró—. Yo no iba a conseguir que El Chino reviviera...

Los pasos en la escalera lo hicieron enmudecer. Rápidamente sacó una camiseta del cajón. Se dio media vuelta. Primero vio el cuerpo alto y pesado de su padre, luego la figura esbelta, la cara alargada de su hermano Rogelio. Ambos de negro. Todo canucio, el padre aún le imponía: su cabeza era grande, como el busto de un prócer en una plaza pública, con gestos duros y fijos y arrugas que le suponían la tenacidad inescrutable del carácter.

Al ver a su esposa, el hombre levantó una ceja. Luego mirando al Eusebio soltó un filo grueso, con la gravedad que habría en la voz de una roca si las rocas hablaran:

—Mijo, qué tan ocupado anduvo que no se le ocurrió pararse por el camposanto...

—Perdón, apá...

—Muy mal hecho... Su tía lo quiere mucho. Usted debió haber ido pa acompañarla. Y haga caso a su madre, no se junte con gente sin oficio ni beneficio...

—Como usted mande —la voz ahogándose.

El viejo se dio media vuelta. Caminó rumbo al fondo del pasillo con el Rogelio siguiéndolo. Se oyó una puerta cerrar. El Eusebio se percató de pronto: tenía en la mano una prenda, estaba con el torso desnudo.

—A ver si ahora ya me haces caso, Eusebio...

De frente a su madre, en el acto de ponerse una playera azul de los Dallas Cowboys, se quedó ahí congelado. ¿Qué había ocurrido?

Miraba hacia el pasillo. ¿No debería estar ahora él con su padre y el Rogelio en el cuarto del fondo? ¿De qué estarían hablando? *Como usted mande*, contestó mansamente en vez de gritar y responder comido por las furias como lo habría hecho el Paúl.

Y eso qué. Vino mi padre a hablarme, ¿entiendes? Pues no sentía el impulso de recriminarse esa calma ante el regaño paterno. Era como si aún estuviesen el cuerpo

y la voz del padre en el dintel de la puerta, colmando las holguras del espacio en la recámara con un aura de dominio que él, claro que sí, iba también a heredar un día. ¿Viste lo que ocurrió? Ya pasó todo: El Chino está muerto y enterrado. ¿Captas? Yo soy yo y lo demás vale madres. Puso la mano sobre el tórax. Ese rostro de nada, ese alguien de aire al que interpelaba imaginándolo habitante de una ciudad lejana estaba ahí dentro, bajo la piel. Déjame de estar chingando, ¿escuchas? Fue como si, en efecto, gracias al viaje próximo del Paúl o al entierro del Eustaquio o, incluso, a las palabras de su padre, dichas a él, directamente, el pecho le creciera bajo la piel.

¿Por eso su padre defendía a la Emma! Entendió que no sólo él, Eusebio, sino los demás, tanta gente allá afuera tampoco tendría sustancia e interés por confortar a la pobre mujer. ¿A quién le importaría el dolor de una solterona que no tiene en qué caerse muerta? El Chino se lo buscó, le dirían. ¿Cuántas muertes debía ya el muy cabrón?, preguntarían. Y si quisiera plantarse ante el ministerio público, pedir justicia, acusar a los matones, ¿quién le haría caso?

Todo eso habría sido (pensó el chico) lo que estuvo estos días pulsando en la raíz de sus instantes, en la desazón y el encono que vino sintiendo sin confesárselo: el miedo a alojarse demasiado cerca del dolor, la vergüenza por saberse incapaz de pagar con un gesto de consuelo su deuda umbilical con la Emma... La mujer lo cuidó desde recién nacido por las complicaciones que tuvieron a su madre casi un mes hospitalizada después del parto. Lo defendió siempre de las órdenes de hierro del padre, lo llenó de ternizas —al verlo más débil y sensible que el Rogelio— supliendo la frialdad de una madre poco voluntariosa para cualquier arrumaco que con esas distancias parecía cobrarle al morro el haber quedado impedida —cuántas veces no escuchó ese reclamo— para volverse a embarazar y así tener una hembra. Y esto la Emma lo hizo con el dispendio de quien no tuvo sus propios hijos y ya no volvería acaso a gozar de las energías juveniles para cuidar otro chamaco ajeno en el futuro.

—¿Qué te ha pasado, mijo? De chico tú no eras así... Se puso la playera.

—Ha sido malo pa ti juntarte con ese plebe...

Las palabras se derretían con el calor sin que rozaran las orillas de su pensamiento.

—Ten cuidado con lo que fumes, esos vicios luego no se quitan...

El muchacho abrió las manos, pensó en colocarlas sobre los hombros de su madre, se las llevó finalmente a los bolsillos del pantalón.

—¿Sigues creyendo que no tengo remedio, ma?

Aún temblando, caminó hacia la puerta. Que tengas buen viaje, pinche Pol. Bajó las escaleras y tocó al cuarto del lado de la cocina. Dijo en voz baja:

—Soy yo, Ñeca —empezó a llorar. **U**